

LAS NOCHES DEL IRIS NEGRO

desaparecer. Tomó sin prisas el café, observó que había dejado de llover, y poco después se perdió en la oscuridad del muelle de Europa. Pensó: Hay personas que siempre se encuentran bien en otro lugar.

Al mediodía del día siguiente, en alta mar, el sol calentaba cada vez con más violencia, el alquitrán derretido se escurría por las paredes, el mar era azul, y el agua utilizada para lavar el puente se evaporaba directamente hacia el cielo también azul. El capitán del barco apareció sobre el puente de mando, se mojó un dedo, y comentó que ya se lo imaginaba, que la brisa estaba descendiendo y que muy pronto podría cambiar de dirección el viento. Anatol, que lo oyó, blasfemó en una larga y obscena frase que contenía cinco haches que él pronunció tan exageradamente aspiradas como pudo, y después sonrió. El capitán repitió lo de la dirección del viento, y Anatol entonces descendió, sin prisas, por la escalera que conducía a la única zona refrigerada del barco, y allí se perdió.

La cosa mejor que ha hecho la ley eterna es que, habiéndonos dado una sola entrada a la vida, nos ha procurado miles de salidas.

Séneca, *Cartas morales a Lucilio*

Escucho el oleaje mientras siento que toda la tarde cabe en una mirada, en una sola mirada de sosiego. Aunque a mí sólo me atrae la muerte, debo reconocer que me encuentro bien aquí, en Port del Vent, tan cerca de la vida. Estoy bien aquí, en mi tierra y junto al mar, del que nunca debí alejarme tanto. El mar siempre me ha dado —escucho ahora su rumor mientras fumo tendido sobre la cama— la sensación de ser algo así como un organismo unitario, y esto me tranquiliza. Me gusta mucho el mar. Estar cerca del mar, sobre el mar, por el mar. Siento ante él una sensación de libertad, probablemente engañosa, pero a tener en cuenta: la ilusión de vivir.

Los últimos meses en Madrid han sido un infierno. Y no sólo por todo el drama de la separación y divorcio de Marta, y la consiguiente crisis profunda. No, no sólo por eso, sino también por la amargura de estar lejos del mar. He vivido en un estado casi permanente de claustrofobia que sólo lograba vencer cuando íbamos a jugar a estadios de ciudades portuarias. Sólo entonces me reencontraba conmigo mismo, e incluso jugaba mis mejores partidos. Porque yo nací junto al mar, y lo necesito siempre a mi lado. Durante todos estos años en Madrid no he hecho más que añorar pueblos como éste en el

que ahora me encuentro: lugares en los que resulta del todo imposible marcar límites precisos. Por eso estoy bien aquí, en este pueblo y en esta agradable Fonda Iborra y en esta calle tan breve como singular: calle de fachadas blancas que une, en su último tramo, dos avenidas convergentes, en ese sitio del pueblo cuyos bares y restaurantes siguen aprovechando, en sus listas de precios, el póstumo prestigio de la bohemia que en otro tiempo frecuentara Port del Vent.

Hemos venido Victoria y yo a este rincón de la Costa Brava porque ella quería conocer el pueblo donde su desconcertante padre —al parecer, hombre de notable mal genio y persona algo tocada por la tramontana, el viento de su infancia— pasó los últimos meses de su vida, dedicado a la explotación de unas pequeñas tierras heredadas y a la memorización —supongo que por puro capricho— de equipos de fútbol españoles de segunda o tercera fila.

Victoria no llegó nunca a conocer a su estrafalario padre, pues unos meses antes de que ella viniera al mundo en la ciudad de Buenos Aires —de eso hará pronto veinte años— una grave disputa matrimonial y, sobre todo, un último y definitivo ataque de mal genio y de locura tramontanesca hicieron entender al padre el camino de regreso a Cataluña, dejándolo todo, absolutamente todo —incluida la esposa y los siete hijos bonaerenses— para instalarse en su villa natal, Port del Vent, donde a los pocos meses de su llegada, con todas las alineaciones secundarias del fútbol español aprendidas de memoria, moriría al perder pie en lo alto de la iglesia del pueblo, cuando actuaba de extra en la última película que se rodó aquí en este barrio que antaño fue escandaloso por bohemio y del que, en opinión del señor Iborra, el dueño de esta fonda, ya tan sólo queda la memoria del fracaso general de sus torturadas, hermosas y malditas noches.

A Victoria la conocí el año pasado cuando crucé el charco

para ir a jugar con la selección a la cancha del River. Vino al hotel a entrevistarme y, después de explayarme yo a gusto acerca de mis inquietudes intelectuales («tan raras en un futbolista, lo sé», le repetí varias veces) y también acerca de mi inminente retirada de los campos de juego, ella me habló de su padre catalán y de la afición de éste a memorizar equipos sin relieve. Me contó también —y me pareció bastante cómico, pero reprimí mi risa, porque ella lo dijo con verdadera tristeza— que el texto de la última carta que su padre había enviado a Buenos Aires era una sarta de insultos dedicados a su mujer, seguidos de una extravagante posdata en la que se limitaba a reproducir la alineación titular del Centro de Deportes Sabadell de la temporada 1957-58.

Ya desde el primer momento surgió entre los dos una corriente de mutua y sincera simpatía —el amor llegaría algo más tarde— que a mí de repente me llevó a acompañarla, sin saber muy bien por qué, hasta la puerta del hotel y, una vez allí, cuando ya estaba estrechando su mano para despedirme, me llevó también a darle un tímido beso en la mejilla y poco después a fugarme de la concentración del equipo nacional para acompañarla durante unos minutos por las calles de la Recoleta, entrando en el cementerio que da nombre al barrio, donde bajamos la vista y nos demoramos, al caer la tarde, entre las lentas filas de los panteones.

La pausada fatiga de los colores de la tarde y la melancolía propia de la hora crearon un clima adecuado para que Victoria me contara su íntimo y cruel drama. Nadie lo hubiera dicho viéndola allí ensombreciendo a los panteones con su arrogante belleza y vitalidad, pero lo cierto era que le quedaban muy pocos meses de vida; un tumor cerebral se había reproducido ya varias veces con insistencia fatal, y todo parecía indicar que el final estaba próximo.

Al enterarme de esto, apenas supe qué decirle a Victoria,

pero noté que ella y aquella amenaza de muerte que aún la embellecía más ante mis ojos, me atraía poderosamente, con esa fuerza extraña e incontrolable que hace que, de un tiempo a esta parte, todo aquello en lo que intuyo que anida la muerte me seduzca irremediablemente. Y entonces pensé que tal vez eso explicara mi extraña conducta, el hecho de que hubiera abandonado de aquella forma la concentración del equipo nacional y que, actuando como seducido por tanta belleza y muerte, me hubiera precipitado a la calle para acompañar a Victoria en su camino por el barrio de la Recoleta.

Caminamos en silencio hasta su casa y, al llegar al portal, aunque era muy difícil, intenté rebajar la tensión y bromé acerca de una posible relación entre la voluntad de ser periodista deportiva y la afición de su padre a memorizar equipos de fútbol. Victoria entendió que debía reír y me dirigió una hermosa y patética sonrisa de excepcional tristeza y me dijo que ya no volveríamos a vernos nunca más, pero que, si la vida lo permitía, me escribiría a mi domicilio de Madrid.

No lo hizo en los meses que siguieron, y temí lo peor, y me fui haciendo a la idea de que Victoria había sido una visión tan fugaz como irrepetible. Pero el día menos pensado, llegó una carta. Cuando ya el paseo por la Recoleta se había convertido en un recuerdo algo lejano —del que sobrevivía, no obstante, muy fuerte todavía, la impresión que me había causado la deslumbrante luz austral que acompañara nuestro trayecto de charla triste y cementerio— me llegó a Madrid, en visperas de mi partido de homenaje y despedida del fútbol, una carta de Victoria en la que me decía que seguía viva, aunque más desahuciada que nunca: «Parece que me quedan sólo un par de meses, de modo que he decidido viajar al país de mi padre, y voy a hacerlo sola. Me agobia mi familia y la compasión que despierto en ellos, y he logrado que me dejen estar a solas una semana en España. ¿Podremos vernos?» Y después, tras una

serie de reflexiones jocosas en torno al mundo del fútbol, acababa diciéndome: «Y finalmente, una pregunta. Recuerdo que cuando caminamos esas pocas cuadras juntos en Buenos Aires, me contaste una historia, no sé si refiriéndote a ti mismo o a un amigo, la historia de alguien que no podía comer... ¿Qué era lo que no podía —o no podías— comer salvo cuando alguien (¿otro amigo?, ¿vos?) le tapaba...? ¿Qué era lo que tapaba? ¿La cabeza? ¿El rabo? ¿Las alas?»

Me fascinó que me llegara de tan lejos una pregunta así. Le contesté explicando que era un problema que yo tenía, ya desde mi infancia, con el pescado, a causa del horror que me infundían, y todavía hoy me infunden, las inexpresivas y extraviadas miradas que pueden verse en los peces arrebatados al mar. En la posdata añadía: «Iré encantado a buscarte al aeropuerto a las ocho y diez de la mañana del siete de julio, pues son muchas, muchísimas las ganas que tengo de verte y, además, si quieres, puedo acompañarte a conocer el pueblo de tu padre.»

Era verdad, tenía inmensas ganas de verla, tal vez porque intuía que podía ayudarme a olvidar por unos días algunos de mis problemas (separación de Marta, mala marcha del negocio, retirada infeliz del fútbol) y porque, además, aquella carta de estilo tan directo e ingenuo y, sobre todo, la extrema inocencia de la pregunta final hacían presagiar algo bueno y alentador, aunque también era cierto que la pregunta se las traía, porque en efecto era una pregunta inocente como ella sola pero, también precisamente por eso, extremadamente peligrosa, pues revelaba que Victoria se interesaba por mí, y eso convertía a la pregunta en algo tan grande como un toro alado: una pregunta con pies y cabeza, alas y rabo, y orejas que cortar, es decir, algo muy parecido al amor, que es también en el fondo una gran pregunta y algo tan directo e ingenuo como extremadamente peligroso.

De modo que cuando Victoria pisó Barajas, yo ya sabía que aquello podía convertirse en una historia de amor tan grande como un toro alado. Y así ha sido, y aquí estamos ahora, en Port del Vent. Llegamos ayer de madrugada, hospedándonos en esta agradable Fonda Iborra, en una de cuyas habitaciones ahora yo me despero mientras fumo y pienso tendido sobre la cama y me cuento a mí mismo las cosas que me pasan.

Este mediodía el señor Iborra nos ha invitado a comer, ofreciéndonos un besugo al que ha habido que taparle la cabeza pero que, por lo demás, estaba exquisito. Después, en la larga y amena sobremesa, me ha pedido un autógrafo para su sobrino y se ha interesado por esa ligera cojera que, un mes antes de lo previsto, me ha retirado de los terrenos de juego. Le he contado que era una cojera para toda la vida y me ha dicho que lo lamentaba mucho, lo cual no creo que sea cierto porque de inmediato se ha olvidado de mi pequeña desgracia y ha pasado a hablar de otras cosas. Se ha ofrecido a acompañarnos y guiarnos esta tarde por el cementerio. Dice que conoció bien al padre de Victoria, aunque la verdad es que parece más bien todo lo contrario, pues hasta ahora se ha mostrado muy parco y cauteloso a la hora de hablarnos de él.

—Jugábamos a la petanca —ha sido todo lo que hasta ahora se ha dignado decirnos.

Esperemos que haya más suerte esta tarde. Pero lo dudo, no sé por qué. En realidad, tampoco entiendo por qué se muestra tan interesado en acompañarnos al cementerio. Aunque es hombre educado y amable, a veces se comporta de forma algo extraña. Por ejemplo, cuando Victoria quiere saber cosas de su padre. Entonces, se cierra en banda, como si en realidad no hubiera conocido al padre o, tal vez todo lo contrario, lo hubiera conocido demasiado y tuviera algo que ocultar. No sé. Su conducta no la veo yo muy normal. Además, se llama Catón. Dice que sus padres amaban la antigüedad

clásica, y que de ahí el nombre. No sé, pero no acabo de fiarme de él. Lo de la petanca, por ejemplo, no lo veo nada claro. Y es que, por muy amable y educado que sea, no sé si debe confiarse en alguien que se llame Catón. No sé.

Hay en la actitud de Victoria ante la muerte una profunda y admirable serenidad, como si sospechara que lo más importante, tal vez lo único que realmente cuenta en la vida, sea prepararse para morir con dignidad. Desde que hemos llegado a Port del Vent y sobre todo desde que hemos visitado el cementerio, esta actitud de Victoria incluso se ha incrementado, tal vez porque aquí ella se siente ayudada por la presencia de este sereno oleaje y de este mar, de este mar Mediterráneo, el escenario de antiguas gestas, el mar de los clásicos.

En todo eso pensaba yo hace un rato cuando, al caer la tarde, nos paseábamos entre las tumbas y las esculturas, leyendo distraídamente las leyendas de algunas lápidas y mirando en silencio fechas fatales y flores ajadas sobre los mármoles que hay a un lado y al otro de la avenida central asfaltada que, descendiendo en dirección al pueblo y al mar, divide en dos al camposanto.

—Coreografía de la destrucción —ha comentado pomposamente Catón, dándonoslas de poeta o de erudito o de yo qué sé.

Nos hemos detenido en la tumba de alguien que no se movió jamás de Port del Vent, ni siquiera para ir al pueblo de al lado. Y hemos leído el epitafio que celebra su amor al lugar natal y su absoluta carencia de manía en abandonarlo: «Conviene a los felices quedarse en casa.»

Después, nos ha llamado la atención la tumba de Bonet, un hombre sencillo, un humilde pescador de este pueblo. Su epitafio está en inglés, y Catón, que se ha mostrado incómodo

de que nos hubiéramos detenido en esa tumba, lo ha traducido así: «No te cierres el camino de la libertad. Si te place, vive; si no te place, estás perfectamente autorizado para volverte al lugar de donde viniste.»

Ni Victoria ni yo sabemos inglés. Le hemos preguntado –incrédulos– si realmente dice eso el epitafio de un sencillo pescador de Port del Vent.

–Sí –ha dicho Catón–, no me lo invento. El bueno de Bonet lo puso en inglés para evitarse cualquier complicación con el cura.

–No me extraña –he dicho–, porque si no me equivoco estas frases justifican el suicidio, ¿no es eso?

–Sí, pero nadie se ha dado cuenta aquí en el pueblo –ha dicho Catón–. Entre que las frases están en inglés y que aquí la gente no lee nada, ni un periódico y menos un epitafio de tumba, han pasado siempre desapercibidas. Bueno, ahora que recuerdo, el cura se interesó, un día, por saber qué querían decir esas frases. Me pidió a mí que se las tradujera, y yo le dije que eran un elogio de la vida en la Gran Bretaña, y el hombre se quedó muy pensativo, sin entender nada, supongo que preguntándose qué se le había podido perder al bueno de Bonet por tierras tan lejanas.

–No tan lejanas –ha dicho Victoria.

–Para Bonet lo eran. Para él todo lo que estaba fuera del Mediterráneo eran brumas extrañas y dragones echando fuego en cuevas salvajes de países bárbaros que se hallaban en los confines del mundo. Para Bonet sólo existía este mar. Os hubiera gustado conocerle. Era todo un carácter, un tipo de los que ya no quedan, porque hoy en día los pescadores de este pueblo son todos una calamidad, gente que sólo ve la televisión, no sé, todo ha cambiado mucho.

Poco después, ha pasado a mostrarnos el nicho de un oriental, de un japonés muy querido en el pueblo, un enamora-

do de Port del Vent y, muy especialmente, de una escultura de Llimona, que representa a una mujer arrodillada llorando y cuyo pie izquierdo descalzo era para el japonés un pie tan perfecto y tan insuperable que pidió que a su muerte le enterraran en un nicho desde el que fuera posible contemplar, durante toda la eternidad, el pie magnífico.

–Y ya veis que respetaron su última voluntad –nos ha dicho Catón.

Y así es, en efecto. Hemos visto la escultura y el pie insuperable (cubierto, en deferencia al reposo eterno del japonés, con un plástico, por si llueve y el agua lo deteriora), y frente a él la mirada eternamente agradecida y escrutadora que se adivina en el nicho nipón.

Hemos seguido andando y hemos llegado al colosal pantón de la familia Miró, donde está enterrada la infeliz María, la muchacha que murió de pena de amor. Su padre le había prohibido que se casara con un joven al que le faltaba posición social y económica. Y en vista de eso, el joven viajó a América para hacer fortuna y, mientras iba haciéndola, le enviaba cartas de amor desde Punta del Este, cartas que nunca llegaban a su destino, porque el padre las interceptaba y destruía. El día en que el joven, dueño ya de una sólida fortuna, regresó a Port del Vent, lo hizo convencido de que ella, tal como le había prometido al partir, le esperaba para casarse. Las salvas que desde el barco del indiano anunciaban la boda se confundieron con las campanas de la iglesia doblando a muerte, porque aquel mismo día la infeliz María, creyéndose olvidada, había muerto de irremediable tristeza de amor.

–Y ahora seguidme –nos ha dicho Catón–, porque vais a ver la tumba de Sabdell, el poeta de Port del Vent. Se trata, debo advertiroslo, de una sepultura algo especial, porque en ella no está enterrado nadie. La financió Sabdell con sus pocos ahorros, pero él no yace ahí ni en ninguna parte. En una

noche de tormenta se le vio desaparecer en el mar, y su cuerpo jamás fue hallado.

Como si el poeta Sabdell conociera de antemano su destino, hay en la tumba vacía una singular inscripción que él mandó grabar unos meses antes de su muerte: «Joan Sabdell. En los días impares, le ahogaba mucho la vida. En los días pares, la vida le parecía un cuchillo sin hoja al que le falta un mango.»

—Ya veis —ha comentado Catón—. La vida no significaba nada para él.

Victoria se ha reído y ha dicho que encontraba francamente animado el cementerio. Al decir esto, se ha quedado corta. Porque al dejar atrás la tumba vacía hemos empezado ella y yo a interesarnos por un hombre de cabellos cortos y canos y cara muy surcada y con aspecto de pájaro. Era un hombre que cojeaba ligeramente —como yo— del pie izquierdo y que venía siguiéndonos desde hacía un rato, olfateando todos los lugares y tumbas que íbamos dejando atrás.

—¿Quién es? —hemos preguntado.

—Uli —ha sido la tensa y seca respuesta de Catón.

Como si nos hubiera oído, Uli se ha escondido detrás de otra escultura de Llimona, pero poco después ha reaparecido y nos lo hemos encontrado de frente, avanzando como alma en pena y mirándonos con fijeza molesta. Al pasar junto a nosotros, se ha entretenido susurrándonos al oído con gran parsimonia y casi recreándose en las palabras:

—Con dignidad murió. Su sombra cruza.

En voz baja hemos preguntado a Catón si se trataba de un loco o tal vez era un bromista que pretendía hacerse pasar por un fantasma.

—Bueno, veréis —ha dicho Catón algo alterado y profundamente molesto—. Se trata de mi hermano mayor, Uli. Se pone muy inquieto a esta hora cuando presente que van a cerrar el cementerio.

Este comentario lo ha hecho en voz muy alta, para que pudiera oírle su hermano.

—¿Verdad, Uli? —le ha dicho.

—Mentira —ha contestado Uli con cierta solemnidad—. Absoluta y risible mentira. Ya estás otra vez tratando de hacer creer a la gente que soy un demente... Me cansas, Catón.

—Verdad y mentira —se ha puesto algo trascendente Catón—. Ya estamos en lo de siempre, Uli, en la misma y eterna discusión entre nosotros. Verdad y mentira. Pero yo digo que lo cierto es que te pones muy nervioso cuando presentes que van a cerrar el cementerio. Y también digo que mentira es todo lo que sueles contar a la gente. Mentira son todas esas historias con las que te gusta asustar a los visitantes de este lugar. Y no voy a permitir que hagas lo mismo con mis amigos. Así que ya estás largándote de aquí...

—Eres un cínico lamentable —le ha respondido Uli—. Sabes muy bien que soy el portero de este recinto —ha titubeado—, de este recinto sagrado. No trates de presentarme, pues, como un loco.

Dicho esto, Uli ha intentado acercarse más a nosotros, pero su hermano se lo ha impedido enérgicamente.

—¿Quién fue su padre, señorita? —ha dicho Uli zafándose por momentos de los empujones de su hermano—. Si no me equivoco, usted es argentina, y su padre podría ser...

Victoria se disponía a contestarle cuando Catón lo ha impedido situándose delante de ella y casi tapándola con su cuerpo.

—¿Nos vas a dejar en paz, maldito Uli? Mira que te lo tengo dicho, ya no lo voy a repetir más. Fuera. Fuera de aquí, fuera —ha dicho levantando el puño, y lo he visto capaz de golpear a su hermano. Este, en vista del cariz que tomaba el asunto, ha optado por emprender la retirada, y lo ha hecho exagerando un poco en la cojera.

-¿Conoció Uli a mi padre? -ha preguntado Victoria, una vez ya superado el incidente, extraño incidente.

-Bueno, es posible. No sé, qué sé yo. Pero debo decirlo que si os cuenta algo no debéis creerle una palabra. Lo inventa todo y no está nada bien de la cabeza. Piensa que es el portero y guardián del cementerio, y con eso creo que ya está dicho todo. Está como un cencerro.

-¿Y qué clase de nombre es Uli? -he preguntado.

-Ulises -ha dicho Catón-. Y una hermana nuestra, que ya murió, se llamaba Medea. Nuestros padres llevaron muy lejos, como podéis ver, su amor a la antigüedad clásica.

Ha bajado lentamente la cabeza y se ha quedado como pensativo, y luego ha lamentado que a Uli sus padres no le hubieran puesto un nombre más adecuado.

-Los nombres marcan mucho la vida de las personas -ha reflexionado en voz alta-. Aquiles o Diomedes le habrían sentado a Uli mucho mejor. Le habrían inculcado un espíritu pretencioso, guerrero, orgulloso. Pero no. Tuvieron que ponerle Ulises, y yo creo que eso, a la larga, le ha sentado fatal.

Le hemos preguntado por qué, y se ha cerrado en banda, como cuando le preguntamos por el padre de Victoria. Luego, hemos seguido viendo tumbas, todas de escaso interés y nula inspiración en los epitafios. Hasta que hemos llegado a la de Norberto Durán.

-Fue el mejor médico que hemos tenido aquí -nos ha dicho Catón-, un hombre excepcional y, además, una figura clave en todo ese mundo bohemio en los años de esplendor de Port del Vent.

La tumba es muy sobria y elegante. «Mármol de Carrara», ha dicho Catón muy satisfecho. Y el epitafio está a la altura de los mejores del lugar: «Nunca es tan sabrosa la fruta como cuando se pasa; el mayor encanto de la infancia se encuentra en el momento en que termina.»

Grabadas en la cruz de hierro algo oxidada que preside la tumba, hay unas iniciales que anteriormente yo había visto ya en las lápidas del poeta Sabdell y del pescador Bonet: C.D.M.S.S.C. He preguntado qué significaban las iniciales, pero Catón no ha sabido qué responder y me ha salido con la evasiva de un chiste fácil, lo que me ha hecho sospechar que podía estar ocultándome algo. Como futbolista siempre fui muy intuitivo, me adelantaba unas décimas de segundo a las jugadas que adivinaba en el equipo contrario. Esta tarde en el cementerio he creído intuir que, por algún motivo que se me escapaba, Catón podía estar ensayando una jugada que consistiría en demorarse en todas las tumbas con la idea de que fuera descendiendo la intensidad de la luz, y sólo entonces llevarnos a la tumba del padre, donde podía haber algo que no creía conveniente que viéramos con excesiva claridad.

Esto tal vez ha influido en lo que he visto o he creído ver al llegar al lugar donde reposan los restos del padre. Una tumba que nos ha impresionado por su radical despojamiento. Ninguna inscripción. Tan sólo el símbolo de la cruz. Ni siquiera el nombre del padre. Nada de nada. Tiene que haber algo más, me he dicho.

-¡Qué extraño! -ha comentado Victoria-. ¿Seguro que ésta es la tumba? ¿Por qué no está su nombre en la lápida?

-Tu padre quería que fuera así. El símbolo de la cruz, y nada más -ha dicho Catón.

Tiene que haber algo más, me he seguido diciendo yo, tal vez influenciado por la intuición de que Catón trataba de ocultarnos algo. Eso es lo que me ha llevado a fijarme en que sí que había una inscripción -anómala y casi imperceptible, pero a fin de cuentas inscripción- en la tumba. No era advertible a primera vista, pero ahí estaba para quien quisiera verla. En el extremo inferior izquierdo del mármol alguien había grabado con un objeto punzante una especie de dibujo de un

cayado, o tal vez de una flecha, que señalaba hacia la base de piedra de la sepultura, donde alguien con el mismo punzón había rayado seis mínimas y casi imperceptibles mayúsculas: C.D.M.S.S.C.

Me he preguntado si dar o no importancia a esto. Victoria no ha visto nada, y he preferido guardar silencio. Catón, entretanto, ha comenzado a mostrarse inquieto ante la proximidad de una campanilla que avisaba del cierre del camposanto.

—Creo que deberíamos irnos —ha sugerido Catón mientras Victoria arrojaba un ramo de rosas sobre la destartada lápida. Hemos tomado el camino de la salida. Y una vez ya fuera del recinto, nos ha parecido ver una solitaria tumba junto a un ciprés no menos solitario. Una sepultura extramuros.

—¿Y aquella tumba? —hemos preguntado.

—Allí descansa Eceiza, el ateo del pueblo —se ha apresurado a decir Catón—. El cura se negó a enterrarlo en camposanto, y ahí lo tenéis, feliz en la libertad del campo abierto.

Y tras una breve pausa, como si se sintiera obligado a contarnos algo más sobre el ateo, nos ha dicho:

—A su entierro acudió mucha gente del pueblo, casi una multitud, porque dejó encargado a su administrador que pagara mil pesetas de la época a todos aquellos que le acompañaran hasta su última morada. Fue una gran manifestación popular, su último gran triunfo sobre el cura. Y más aún teniendo en cuenta las circunstancias de su muerte.

Victoria ha preguntado de qué murió, y el rostro de Catón se ha ensombrecido por momentos.

—Le mató la vida —ha dicho—. Se acercó a ella, a su secreto más profundo, y ella lo mató. Para mí, es así de sencillo. No hay otra explicación. Yo le había oído decir que un revólver era algo sólido, porque era de acero, no de cristal como la vida. Decía también que un revólver era un objeto. Y dos días antes

de volarse la tapa de los sesos, me dijo que no iba a tardar nada en tropezar por fin con ese objeto.

Dicho esto —de lo que, por cierto, no hemos entendido mucho—, ha intentado que nos olvidáramos de la tumba y, dando una vuelta en redondo sobre sí mismo, ha comenzado a bajar, tratando de que le siguiéramos, por la pendiente que hay frente a la puerta del cementerio. Pero Victoria, como atraída súbitamente por la tumba extramuros, se ha dirigido hacia la insólita sepultura del ateo. Y yo, movido por la recién adquirida costumbre de fisgonear en todas las tumbas y leer todos los epitafios, la he seguido.

Nos hemos encontrado ante otra sepultura de radical despojamiento. Ni el nombre ni apellidos del ateo. Tampoco, por supuesto, el símbolo de la cruz. Tan sólo una inscripción, seis iniciales grabadas con esmerada caligrafía sobre la piedra: C.D.M.S.S.C.

Victoria me ha ofrecido un cigarrillo.

—¿Querés?

Se ha levantado un airecillo, y he subido el cuello de mi camisa.

—¿Qué serán esas letras? —ha preguntado Victoria—. Vos, ¿qué pensás?

—Con dignidad murió. Su sombra cruza —ha dicho ceremoniosamente una voz a nuestra espalda.

Al girarnos nos hemos encontrado con Uli que, apoyándose en un cayado, nos sonreía mientras agitaba la campanilla de cierre del camposanto.

—Eso es lo que significan esas letras —nos ha seguido diciendo—. Todos supieron morir con dignidad, menos Catón y yo.

Al ver que Catón estaba volviendo apresuradamente sobre sus pasos, nos ha dicho con palabras atropelladas y, en cualquier caso, algo enigmáticas:

-De las viejas noches del iris negro, cuando la mirada lo ve todo más negro y más oscuro que la noche misma, ya sólo quedamos Catón y yo y la vergüenza de continuar vivos, la vergüenza de no haber tenido el valor de quitarnos la vida.

Al ver que Catón estaba ya encima de nosotros, ha levantado con ira el cayado, como preparándose para un nuevo episodio del combate fratricida, pero finalmente ha preferido dirigirse hacia la cancela del portal del cementerio, cerrándola con doble candado y confirmando que no estaba tan loco cuando decía que era el portero del camposanto.

Ha pasado un avión que volaba muy bajo, y yo he seguido su vuelo. El ruido de los motores nos ha dejado a casi todos sordos, y ha sido bajo ese atronador ruido cuando Catón me ha gritado al oído que era preciso y muy urgente que hablara conmigo a solas, y me ha citado en el Club Náutico a las cinco de la tarde de mañana.

-Acude tú solo, por favor -creo que me ha dicho-, no vengas con Victoria. Conviene preservarla de lo que me veo obligado a contarte.

Me he quedado imaginando que yo conducía ese avión y que el sol invadía la cabina y que a mí me daba por mirar el espacio inmóvil, la luz. Luego, he aterrizado. Muy lejos. El sol acababa de ocultarse tras las colinas que protegen Port del Vent, y la luz, en unos segundos, se ha transformado por completo. Me ha parecido ver a Uli, en el último contraluz de la tarde, agitando con ira eterna su cayado.

Esta mañana, al despertar, Victoria me ha dicho que ha soñado que caminábamos los dos por la calle Florida, en Buenos Aires, y que ante nosotros se extendía la plaza San Martín y que nos negábamos a atravesarla, pero que finalmente lo hacíamos mientras un viento frío venido de muy lejos nos

traspasaba. La plaza casi flotaba en el aire, y allá, a lo lejos, en los confines azulados del agua, de la niebla y del cielo blanquecino, se veían vagar humos que se deslizaban o ascendían desde los barcos que yacían inertes en el Río de la Plata.

-No es un sueño premonitorio -me ha dicho-, porque yo no pienso volver ni loca a la Argentina. Jamás volveremos a estar tú y yo juntos en las calles de Buenos Aires. Yo me quedo aquí, en Port del Vent. Varada, junto a ti.

Ha hecho uno de esos gestos mediante los cuales una persona manifiesta, sin darse cuenta, una gracia que no sabe que tiene. En el caso de Victoria, la gracia de la muerte. Y a la atracción que siento por ella se ha unido la que siento por este pueblo y por este mar, y desde ese momento Victoria y Port del Vent han compuesto una única figura que se pierde no muy lejos de este paisaje de belleza y muerte, no muy lejos del filo mismo de mi horizonte.

Hace un rato, mientras acabábamos de devorar otro excelente besugo, Victoria me ha dicho que iba a enseñarme la última carta que envió su padre a Buenos Aires.

-¿Qué carta? -he preguntado-. ¿La que llevaba como posdata la alineación del Sabadell?

-La misma, sólo que no es una alineación. Estuve mirando ese mensaje final, y me parece que podría tratarse de un acróstico.

He preguntado qué es un acróstico, y Victoria me lo ha explicado. Después, ha pasado a contarme que, poco antes de partir de Buenos Aires, robó la carta a su madre y enseguida vio que allí no había alineación alguna del Sabadell.

-La carta -ha seguido diciendo Victoria- está escrita en el hall del Hotel Port del Vent. Y yo salí de Buenos Aires con la idea de leer por última vez la carta de mi padre en el mismo

lugar en el que él la escribió. Esa será mi despedida de mi pobre papá. El jamás pudo imaginar que su cruel carta regresaría al punto de partida.

Me ha pasado una hoja de papel cuadrículado en la que, tras una serie de tremendos insultos («Desde este maravilloso hall del Hotel Port del Vent te escribo para decirte que eres una vieja bruja...»), hay una posdata que a todas luces no contiene alineación de fútbol alguna, pues donde se suponía que el padre había escrito Sabadell, puede leerse en realidad Sabdell, es decir, el apellido del poeta de Port del Vent. Y son ocho únicamente los apellidos que siguen. No hay, por tanto, equipo de fútbol posible. Sin duda, la familia de Victoria leyó mal la carta en su momento. En la hoja de papel cuadrículado, tras los innumerables insultos, puede leerse: Sabdell, Uribe, Iborras, Candi, Itotorica, Durán, Amorá, Tonet, Eceiza.

—Está muy clara la cosa —he bromeado algo nervioso—. Tonet es Bonet. Durán es Durán. Y los Iborra son dos, eso aún está más claro. Pero, por lo demás, no entiendo nada. Algunos están en el cementerio y murieron con dignidad, su sombra cruza. Y hay un ateo que se llama Eceiza, que duerme a la intemperie, y ya no sé qué decirte más, ya me dirás.

—¿Más besugo? —me ha preguntado Victoria.

He dicho que no, que ya tenía bastante.

—¿Te acordás de nuestro paseo por el cementerio de la Recoleta? —me ha preguntado con su más serena sonrisa.

—¿Y cómo no me voy a acordar? —le he dicho quitando la funda de papel de plata que cubría la cabeza del besugo, como si estuviera dando el primer paso para que mis ojos empezaran a parecerse a lo que yo más temía y, al mismo tiempo, tanto me atraía: los ojos de esos peces de mirada inexpresiva y extrañada.

—¿De qué hay que preservar a Victoria? —he preguntado a Catón mirándole por encima de mi taza de té.

—De la verdad —se ha apresurado a contestarme.

El camarero del Club Náutico se ha retirado inclinando la cabeza y me he quedado pensando si el gesto de respeto iba dirigido a nosotros o a la verdad.

—Lo primero que has de saber —me ha dicho Catón— es que el padre de Victoria, que fue muy buen amigo mío, se arrojó voluntariamente al vacío. No veo necesario que Victoria lo sepa. Es una mujer muy frágil y sensible, sensible como su padre. Yo a éste le quise mucho, y para su hija sólo deseo lo mejor. Si os acompañé al cementerio fue para evitar que mi hermano Uli os contara su versión desquiciada de ese suicidio. Creí conveniente mantener a raya a mi hermano, preservar a Victoria del duro trance de conocer la verdad sobre la muerte de su padre y, sobre todo, de conocerla de manera brusca y tan poco ajustada a la realidad. Porque lo que Uli cuenta es pura demencia. A él le afectaron mucho unos hechos hoy ya perdidos en la noche de los tiempos. Le afectaron hasta el punto de que no ha podido levantar cabeza desde entonces. Vive atormentado por no haber sido capaz de morir como lo hicieron sus mejores amigos. Para no llevarle la contraria, le dejamos creer que es el portero del cementerio, incluso tiene las llaves para cerrar la verja de entrada. De vez en cuando yo le recuerdo que no es el portero, intento que vuelva a la realidad. Pero no hay forma. El quiere verse como el guardián de las almas de los que fueron sus amigos; él quiere estar siempre muy cerca de aquellos a los que cree que, en cierto modo, traicionó. Es una historia muy lejana en el tiempo...

Ha hecho una breve pausa para contemplar el mar, y luego se ha sacado del bolsillo de su americana unos viejos paños.

—Me has preguntado de qué hay que preservar a Victoria.

lugar en el que él la escribió. Esa será mi despedida de mi pobre papá. El jamás pudo imaginar que su cruel carta regresaría al punto de partida.

Me ha pasado una hoja de papel cuadrículado en la que, tras una serie de tremendos insultos («Desde este maravilloso hall del Hotel Port del Vent te escribo para decirte que eres una vieja bruja...»), hay una posdata que a todas luces no contiene alineación de fútbol alguna, pues donde se suponía que el padre había escrito Sabadell, puede leerse en realidad Sabdell, es decir, el apellido del poeta de Port del Vent. Y son ocho únicamente los apellidos que siguen. No hay, por tanto, equipo de fútbol posible. Sin duda, la familia de Victoria leyó mal la carta en su momento. En la hoja de papel cuadrículado, tras los innumerables insultos, puede leerse: Sabdell, Uribe, Iborras, Candi, Itotorica, Durán, Amoral, Tonet, Eceiza.

—Está muy clara la cosa —he bromeado algo nervioso—. Tonet es Bonet. Durán es Durán. Y los Iborra son dos, eso aún está más claro. Pero, por lo demás, no entiendo nada. Algunos están en el cementerio y murieron con dignidad, su sombra cruza. Y hay un ateo que se llama Eceiza, que duerme a la intemperie, y ya no sé qué decirte más, ya me dirás.

—¿Más besugo? —me ha preguntado Victoria.

He dicho que no, que ya tenía bastante.

—¿Te acordás de nuestro paseo por el cementerio de la Recoleta? —me ha preguntado con su más serena sonrisa.

—¿Y cómo no me voy a acordar? —le he dicho quitando la funda de papel de plata que cubría la cabeza del besugo, como si estuviera dando el primer paso para que mis ojos empezaran a parecerse a lo que yo más temía y, al mismo tiempo, tanto me atraía: los ojos de esos peces de mirada inexpresiva y extrañada.

—¿De qué hay que preservar a Victoria? —he preguntado a Catón mirándole por encima de mi taza de té.

—De la verdad —se ha apresurado a contestarme.

El camarero del Club Náutico se ha retirado inclinando la cabeza y me he quedado pensando si el gesto de respeto iba dirigido a nosotros o a la verdad.

—Lo primero que has de saber —me ha dicho Catón— es que el padre de Victoria, que fue muy buen amigo mío, se arrojó voluntariamente al vacío. No veo necesario que Victoria lo sepa. Es una mujer muy frágil y sensible, sensible como su padre. Yo a éste le quise mucho, y para su hija sólo deseo lo mejor. Si os acompañé al cementerio fue para evitar que mi hermano Uli os contara su versión desquiciada de ese suicidio. Creí conveniente mantener a raya a mi hermano, preservar a Victoria del duro trance de conocer la verdad sobre la muerte de su padre y, sobre todo, de conocerla de manera brusca y tan poco ajustada a la realidad. Porque lo que Uli cuenta es pura demencia. A él le afectaron mucho hechos hoy ya perdidos en la noche de los tiempos. Le afectaron hasta el punto de que no ha podido levantar cabeza desde entonces. Vive atormentado por no haber sido capaz de morir como lo hicieron sus mejores amigos. Para no llevarle la contraria, le dejamos creer que es el portero del cementerio, incluso tiene las llaves para cerrar la verja de entrada. De vez en cuando yo le recuerdo que no es el portero, intento que vuelva a la realidad. Pero no hay forma. El quiere verse como el guardián de las almas de los que fueron sus amigos; él quiere estar siempre muy cerca de aquellos a los que cree que, en cierto modo, traicionó. Es una historia muy lejana en el tiempo...

Ha hecho una breve pausa para contemplar el mar, y luego se ha sacado del bolsillo de su americana unos viejos papeles.

—Me has preguntado de qué hay que preservar a Victoria.

Pues bien, en primer lugar, y tal como te digo, de la versión enloquecida de Uli, una visión histérica y mentirosa, cargada de profundo remordimiento por no haberse quitado la vida en su momento. Pero también hay que preservar a Victoria de cosas como este viejo documento, por ejemplo.

Me ha entregado unas amarillentas hojas cosidas con hilo blanco, y en las que había sido escrito en tinta roja este encabezamiento: «Informe confidencial sobre el aroma suicida, sereno y clásico, que envolvió la desaparición del 3.»

—Basta que leas los primeros párrafos —ha dicho—, y ya te harás una idea de por dónde van los tiros.

—Es de la incumbencia de todos los socios... —he comenzado a leer en voz alta.

—No —me ha interrumpido Catón con mirada asustada—. Por favor, más bajo, algo más bajo, por favor.

—Es de la incumbencia —he leído en voz más baja, casi susurrante— de todos los socios de nuestra entidad saber que cuando la carta del número 3 de los Notables llegó a la sede central de esta Sociedad de Simpatizantes de la Noche del Iris Negro de Port del Vent que tengo el gran honor de presidir, no tardamos en reunirnos los Notables restantes para ver qué hacíamos para satisfacer plenamente y con la mayor prontitud posible los deseos de este amigo que, antes de convertirse en el asesino de sí mismo, deseaba que sus íntimos acudiéramos a visitarle a su casa y, hablando toda la noche de filosofía, le acompañáramos en las horas anteriores a las de ese gesto valiente y final con el que deseaba ser fiel a la máxima de nuestra Sociedad, es decir, desaparecer digna y serenamente tras una gran fiesta del espíritu y tras un vibrante homenaje a la amistad y al amor a la filosofía, a la manera de un Catón o de un Séneca, cuyas muertes son, todavía en nuestros días, el más perfecto ejemplo y modelo del suicidio clásico y sereno, profundamente mediterráneo...

—Lo que sigue —me ha interrumpido Catón— es una larga crónica de la festiva reunión de los Notables en la casa del padre de Victoria que, como ya habrás imaginado, era ese número 3 del que habla el documento. El fue el primero de la Sociedad de la Noche del Iris Negro en diseñar los límites de su existencia y también decidir que ya tenía bastante de este mundo. Precisamente él, que a todos nos calmaba cuando empezaba a rondarnos la idea de quitarnos la vida. «No tengáis prisa», solía decirnos, «sin la posibilidad del suicidio ya me habría matado hace mucho tiempo. El suicidio es un acto afirmativo, lo podéis hacer cuando queráis, ¿qué prisa tenéis? Calmaos. Lo que hace soportable la vida es la idea de que podemos elegir cuándo escapar.» Y sin embargo tuvo que ser él precisamente el primero en cansarse de este mundo. Un día, nos llamó a todos y nos comunicó que ya tenía bastante con lo que había vivido y que deseaba poner punto final a todo en compañía de sus amigos.

—Pero no me parece que hiciera honor a la regla más elemental de la Sociedad —he dicho.

—¿A qué te refieres?

—Pues a que saltar al vacío no es un acto excesivamente sereno.

—Lo es —Catón se ha mostrado tajante—. O al menos en su caso lo fue. Eligió el salto desde el campanario porque dijo que contenía una especie de rebelión hacia nuestra condición humana, tan privada de la posibilidad del vuelo. Dijo que era un acto maravilloso arrojar al vacío porque tendía al espacio, a las grandes dimensiones, al horizonte. Una noble forma de muerte que podía practicarse con toda serenidad después de una reflexiva velada con los amigos. Eso dijo.

No he sabido qué decirle. Me he quedado mirando al mar mientras Catón reflexionaba.

—Nos convocó a su casa —ha proseguido, al cabo de un

rato—. La velada fue inolvidable y también muy alegre, porque la serenidad —me ha mirado fijamente a los ojos y casi me ha dado miedo— no está precisamente reñida con la alegría. Ahí tienes, si te interesa, una detallada, tal vez excesivamente minuciosa, descripción de lo que fue esa noche en la que se bebió, en prudentes y lentos sorbos, tibio aguardiente de manzana, hasta el amanecer. Se habló de la vida y de la muerte, se habló de todo. Después, con las primeras luces del alba, se despidió de nosotros y, vistiéndose de monje, se dirigió él solo hacia la plaza del pueblo para hacer de extra en el rodaje de esa última película que se rodó en Port del Vent. Una vez en lo alto de la iglesia, simuló que tropezaba con un andamio, y voló. Voló y voló. Se lanzó al vacío eterno. Y su gran vuelo cerró aquella primera gran noche del Iris Negro, la primera de una serie de veladas que acababan todas con el suicidio de alguno de nosotros como colofón. Recuerdo muy especialmente la noche en que se mató Bonet, el bueno de Bonet. Levantó su copa y, al brindar con todos nosotros, dijo dos frases que no dudamos en adoptar como embleáticas: «Murió con dignidad. Su sombra cruza.» Todavía hoy, decir esto me conmueve, porque me trae el recuerdo de unas noches que no volverán.

—Las noches del Iris Negro —he dicho sintiéndome ya casi cómplice de Catón. Creo que él lo ha notado, porque ha proseguido con mayor fuerza en sus palabras:

—Sucedió que Durán, el médico, se especializó en maquillar las muertes; facilitaba veneno a quienes lo pedían, y él mismo lo inyectaba. Después, certificaba las muertes hablando de colapsos respiratorios, infartos y otras zarandajas. De este modo, nadie en el pueblo podía sospechar de la existencia de nuestra Sociedad, aunque surgió una superstición entre las mujeres de Port del Vent, la de que los hombres de este pueblo solían morir cuando se reunían con los amigos. Todavía hoy quedan vestigios de esa superstición...

—¿Y cómo fue extinguiéndose la Sociedad? —he preguntado.

—Pues paradójicamente, por muerte natural. Un suicidio cada dos años acabó reduciendo a la Sociedad a su más mínima expresión. Y eso que Durán imitaba al padre de Victoria y nos decía a menudo que nos calmáramos, que lo importante era saber que el suicidio era la única libertad auténtica que tenemos en la vida. Pero un día, Durán entendió que también para él había llegado su hora. Empezó a quedarse ciego y nos envió una carta con un escueto texto: «Me estoy quedando ciego. Me mato.» Rindió homenaje al primer suicidio del Iris Negro y se arrojó al vacío desde lo alto de la iglesia. Tras su muerte, ya sólo quedábamos tres, únicamente tres simpatizantes de la Sociedad. Eceiza, mi hermano Uli y yo. Al día siguiente, Eceiza fue a confesarse con el cura del pueblo y, mientras lo hacía, se reventó la tapa de los sesos. Naturalmente, lo enterraron extramuros. Y ese día, mientras lo enterrábamos, yo consideré que la historia de la Sociedad, tras más de diez años de existencia, había llegado a su fin. Uli y yo éramos una pareja de hermanos y también una pareja de cobardes. Y en cualquier caso, una pareja no es nunca una Sociedad. Todo había terminado. Uli y yo tan sólo éramos dos hermanos asustados. Los dos sin el valor de poner punto final a nuestras vidas y, al mismo tiempo, sin la fuerza de seguir adelante. Maniatados por el miedo y por la vida. Uli, loco e histérico por su incapacidad de ser fiel a la premisa de morir con dignidad. Y yo, ya ves, un pobre hombre que sabe que no es nadie y que, por tanto, ni siquiera suicidándose podría conocer el destino y la grandeza.

Creo que no se ha dado cuenta de que la Noche del Iris Negro podía estar resurgiendo en aquel momento de sus cenizas.

—Que sea todo un secreto entre los dos —me ha dicho—. No

se te ocurra contarlo por ahí. A Victoria menos, le harías daño. De todos modos, si lo haces, yo lo desmentiré. Estoy acostumbrado. He vivido siempre bajo la sospecha, ya que Uli nunca se reprimió a la hora de contar la historia a todo el mundo. Pero Uli está loco y me creen a mí, que he desmentido esa historia cientos de veces. Y volveré a hacerlo si es necesario. Si tratas de propagarla por ahí, diré que fue Uli quien te la contó.

-No temas. Será un secreto entre los dos -le he dicho. Ha respirado tranquilo.

-Entre tú y yo -he añadido-. O mejor dicho, un secreto entre los tres, entre Uli, tú y yo. La Sociedad del Iris Negro revive, vuelve a existir.

Se ha quedado mirándome entre incrédulo y aterrado.

-Con dignidad murió. Su sombra cruza -he dicho a modo de juramento.

No me ha sorprendido hablar así. Lo veía venir. Ya sólo llegar a Port del Vent tuve la oscura sensación de que llegar a este pueblo significaba abrazar una orden, integrarse, aceptar también algo así como la delegación de una continuidad, como si llegar a Port del Vent implicara que uno no puede ser indigno de quienes antes estuvieron aquí. Tienes que ser como ellos. Ahora (parece decirte el pueblo) te toca a ti.

Alguien ha llamado a nuestra puerta a las once de la noche. Al abrir, nos hemos encontrado con unos penetrantes ojos azules tras el marco dorado de unas gafas, unos cabellos muy cortos y canos sobre unas cejas tupidas y una cara muy surcada: ante nosotros estaba Uli.

-Sólo una cosa -nos ha dicho.

No le hemos dejado entrar. Parecía muy fuera de sí. Pero sólo lo parecía. Porque cuando ha hablado lo ha hecho con total normalidad. El hombre más cuerdo del mundo.

-Sólo una cosa quiero decirte -se ha dirigido a Victoria-. Tu padre se quitó la vida, estaba harto de todo, yo lo sé, y se arrojó al vacío. Nada de tropezones en el campanario. Se mató. Así de sencillo. En los últimos meses se hacía llamar Eceiza y nos decía que estaba profundizando en el insondable misterio del eterno retorno. Yo creo que no hacía más que pensar en cómo quitarse la vida. Yo jugaba mucho con él a la petanca. No está enterrado en la tumba que os ha enseñado mi miserable y mentiroso hermano, sino en la que se encuentra fuera del cementerio. Sólo quería decirte eso. Y ahora: adiós.

Llevaba una botella de Johnny Walker etiqueta negra en la mano derecha y tres vasos de plástico en la izquierda. Sin duda, nos ha visitado con la idea de pasar un largo rato con nosotros, pero por el motivo que sea ha optado por no quedarse. Supongo que habrá influido nuestra descortesía, el hecho de que no le dejáramos pasar del umbral y que le tomáramos por un loco. ¿Lo es? ¿Se trata de un loco? Poco importa. Locura y cordura se confunden en una sola figura, al igual que la verdad y la mentira, aquí en Port del Vent.

Y diciéndome todo esto, me he decidido a contarle a Victoria todo lo que Catón me ha dicho esta tarde acerca de las noches del Iris Negro y al contárselo he añadido -supongo que por puro capricho y también por simpatía hacia Uli, que anda tan cojo como ando yo- una sombra de posible mentira a la posible verdad, y le he dicho a Victoria que Uli tiene toda la razón cuando asegura que su padre se hacía llamar Eceiza y es el que está enterrado extramuros.

-Lo sé de buena tinta -le he dicho a Victoria.

-Bueno, salgamos -ha sido la respuesta de ella, como si a estas alturas de la vida le resultara indiferente saber dónde está la luz y dónde la sombra.

Y hemos salido, sabiendo que no vamos a ninguna parte. Y

ahora vamos caminando por la playa. Llueve sobre Port del Vent. Llueve en el mar con un murmullo lento, y oigo la brisa que gime dolorosamente. Y me digo que estoy bien aquí, atrapado en este pueblo junto al mar. Me gusta mucho estar cerca de este mar, nunca debí alejarme tanto de él. Siento ante el oleaje una sensación de libertad sólo comparable a la que percibo ahora al notar que Victoria y yo andamos en la buena compañía de quienes supieron afrontar la muerte con serenidad antigua. A éstos, hace unos instantes, los hemos llevado silenciosamente a nuestro interior y hemos llenado sus vacíos con nuestra propia sustancia, y hemos pasado a ser ellos. Y yo voy andando por la playa de Port del Vent bajo la lluvia, y me digo todo esto y escucho y contemplo el oleaje y me digo que sí, que toda la noche cabe en una mirada de color iris negro, en una sola y quieta mirada de sosiego. Ahora (parece que diga el pueblo) te toca a ti.

LA HORA DE LOS CANSADOS*

A Mercedes Monmany

Apenas son las seis y ya oscurece cuando me detengo a contemplar la súbita irrupción en las Ramblas de los pasajeros de metro que se han apeado en la estación de Liceo. Se trata de un espectáculo que nunca me defrauda. Hoy, por ejemplo, día de Jueves Santo, surge de entre la multitud un tenebroso viejo que, pese a tener un aspecto cadavérico y transportar un pesado maletín, anda con sorprendente agilidad. Adelanta con pasmosa rapidez a una hilera entera de adormecidos usuarios del metro, se planta muy decidido ante un cartel del Liceo, y allí, muy serio y estudioso, pasa revista al reparto de una ópera de Verdi, adoptando casi de inmediato un gesto de inmensa contrariedad, como si el elenco de estrellas le hubiera decepcionado amplia y profundamente. Este hombre, me digo, este cadáver ambulante tiene algo que me inquieta, que me intriga.

Decido seguirlo. Y muy pronto veo que no va a ser nada fácil hacerlo. Será porque mi jornada de trabajo ha sido larga y dura y a estas horas me siento ya muy cansado, pero lo cierto es que, aunque tengo cuarenta años y él me dobla la edad,

* Publicado con anterioridad en *Cuentos barceloneses*, Barcelona, Icaria, 1989.